

el 16 de noviembre de 1669 en presencia de Felipe duque de Orleáns, su yerno, en la iglesia de religiosas de Santa María de Chaillot. — La historia de la Revolución de Inglaterra y el retrato de Cromwell son páginas clásicas y muy conocidas.

La de *Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleáns*, su hija, siguió de cerca; fué pronunciada en Saint-Denis, el 21 de agosto de 1670. — En ella figura el famoso efecto oratorio que hizo turbarse al mismo orador, víctima á su vez de la emoción intensa que había producido en el auditorio.

¡Oh noche desastrosa! ¡Oh espantosa noche en que resonó de pronto como el fragor del trueno, esta asombrosa noticia; Madama se muere, Madama ha muerto!

Por aquel entonces fué nombrado preceptor del Gran Delfín para quien escribió, después de su carta á Inocencio XI sobre la *Educación*, el *Tratado del Conocimiento de Dios y de sí mismo*, el *Tratado del Libre Albedrío*, la *Política sacada de la Escritura Santa* y el *Discurso sobre la Historia Universal*, en que Bossuet toma como centro de su estudio la historia del pueblo judío que constituye su unidad. Cierta día recibió á este propósito esta graciosa carta de Boursault, el autor de *Esopo en la corte*:

Monseñor, no sé si merece perdon la libertad que me atrevo á tomarme; pero sé muy bien que mi intención es la mejor del mundo y que si, por desgracia, incurro en vuestro desagrado, será por haber querido honraros en gran manera. He leído, y por consiguiente admirado, la última obra que Vuestra Grandeza acaba de dar al público. En ella brillan en grado soberano la erudición, el vigor, la nitidez, la elegancia, todo en fin... Pero sería de desear que un libro que debe anunciar vuestra gloria á los siglos venideros, hubiera salido impreso y corregido con más exactitud. Persuadido como estábais, Monseñor, de que, al salir de vuestras manos, el libro no podía tener ninguna falta, acaso no pusisteis todo el cuidado necesario en corregir las de otros. Y seguramente el impresor, al poner *muerto* donde vos sólo habíais puesto *herido* ó cuando más *vencido*, ha cometido un error tan grave que parece, á lo menos según mi opinión, que el emperador Valente, después de su muerte, estaba aún lleno de vida. En efecto, en la página 119, línea 23, se lee: *Valente, que puede vencer solo, precipita el combate, en el que es muerto, junto á Andrinópolis; los godos victoriosos le queman en una aldea á donde se había retirado.* ¿No se diría, Monseñor, que Valente, después de muerto, se había retirado á una aldea?

Fué recibido miembro de la Academia francesa en 1671. Tres años después fué á Dijón con su discípulo, el Delfín, y con la reina, con motivo de la campaña del Franco Condado; acompañó á su discípulo á Plombières, á Nuestra Señora de l'Etang, á la Cartuja de Champmol, y al castillo de Arc-sur-Tille. Nombrado sucesivamente capellán de la

Delfina (1679) y obispo de Meaux (1681), pronunció, desde 1683 á 1687 sus más hermosas *oraciones fúnebres*, la de *María Teresa*, la de *Ana de Gonzaga*, la de *Miguel Tellier*, y la de *Luis de Borbón, príncipe de Condé*, en Nuestra Señora de París, el 10 de marzo de 1687. La peroración de ésta última es célebre:

Aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os era tan conocida, poned fin á todos estos discursos. En lugar de deplorar la muerte de los demás, oh gran Príncipe, en adelante me propongo aprender de vos para que la mía sea santa. ¡Feliz yo si, advertido por estos cabellos blancos de que debo dar cuenta de mi administración, reservo para el rebaño que debo alimentar con la palabra de vida, los restos de una voz que desfallece y de un ardor que se apaga.

No era esto un adiós á la elocuencia sino á los grandes discursos de aparato.

En Meaux, en el jardín del obispado, dibujado por Le Nôtre en forma de mitra, se había hecho edificar Bossuet, encima de las viejas murallas, un pabellón en el que se encerraba semanas enteras para trabajar lejos del ruido y del mundo.

En 1688, volvió á la carga contra los protestantes con su libro sobre las *Variaciones de la Iglesia protestante*, opuestas á la unidad persistente de la Iglesia católica; en 1694, la emprende con el teatro, cuyo arte condena como pernicioso en su *Carta al Padre Coffaro* y en sus *Máximas y Reflexiones sobre la comedia*. Derrota por completo el quietismo de Madama Guyón¹ y persigue á Fenelón que se inclinaba á él, con tal rigor que obtuvo su condenación en la corte de Roma por sus *Máximas de los Santos* (1697-1699).

En la gran asamblea de Saint-Germain-en-Laye, en 1700, recordó al clero sus deberes, y obligó á los que se creían reunidos allí para establecer un presupuesto, á discutir acerca del dogma.

Después de otras polémicas contra Burnet, Basnage y Leibnitz, á quien trató de conquistar, fué nombrado conservador de los privilegios de la Universidad en una Asamblea presidida por Rollín (1695). Luis XIV le hizo consejero de Estado en 1697.

Iba envejeciendo, su vista se debilitaba y tuvo que usar anteojos; faltábanle las fuerzas y á veces estaba á punto de caer. Traducía en verso los mismos salmos que cantaba en su juventud con voz sonora. Atacado de una cruel enfermedad, murió el 12 de abril de 1704, á los 76 años.

París y Francia lloraron, y la misma Roma lloró con Francia, y Roma y París se disputaron el honor de las exequias y panegíricos. Fué un duelo

1. Sabido es que Madama Guyón era ferviente discípula del célebre español Miguel Molino (1627-1697), fundador del *Quietismo* y autor de la famosa *Guía Espiritual*. (N. del T.)

universal para toda la iglesia y para todos los verdaderos sabios. Es vergonzoso para la Iglesia de Francia que nadie se haya atrevido aún con la empresa de escribir la vida de este grande hombre (*Saint-Simón*).

En su lecho de muerte protestaba de su fe en la verdad de la religión, y de que nunca la había puesto en duda.

Fué enterrado en la iglesia de Meaux donde yace aún.

En noviembre de 1854, Monseñor Allán hizo abrir el sepulcro de Bossuet que se halla en la catedral de Meaux, á la derecha del altar mayor.

Para comprenderle y conocerle como hombre privado hay que leer al abate Le Dieu, que hizo en vida de Bossuet un *Diario* y más tarde escribió unas *Memorias* de la vida de su amo. Se hallaba á su servicio desde 1684 y ejercía el mismo papel que el abate Langerón al lado de Fenelón.

Por desgracia era un secretario de espíritu mezquino, envidioso, interesado, que se quedaba con todo lo que podía, y que llenaba sus cuadernos con detalles bajos y ridículos.

Bossuet colocó mejor su confianza al interesarse por el abate Fleury¹, tan conocido por sus *Costumbres de los Israelitas*, y cuyas obras, *Costumbres de los Cristianos*, *Tratado de estudios*, é *Historia del Derecho Francés*, han caído en el olvido. Bossuet le guió, le dirigió y le hizo admitir en la Academia francesa.

Pero lo que más seduce y admira, cuando se habla de este poderoso genio, es la abundancia tan pura, tan poderosa y tan maravillosa que difícilmente se encontraría otra igual.

Leía, con el celo de un neófito y el ardor de un elegido, la Sagrada Escritura, á san Crisóstomo, cuya elocuencia le encantaba, y á san Agustín, cuya razón le seducía. Hallaba en Orígenes una dulzura deliciosa. En todas sus lecturas, según la palabra de Sainte-Beuve, el río reconocía su manantial. Bossuet, orador, ha conservado la memoria de sus modelos.

Tuvo, ó mejor dicho, quiso, por espíritu cristiano, tener pocas ideas. Con frecuencia reaparecen las mismas con la misma forma. Jamás se muestra tan brillante como cuando aplica las citas de los santos padres, sacando de ellas un partido admirable; los conoce y está lleno de su espíritu; habla naturalmente de su pensamiento. El fondo de su invención es restringido y se repite con frecuencia.

Las preciosidades de estilo, la erudición profana é ingeniosa sin ingenio, que afeaban entonces las homilias, le inspiraron aversión á semejante género de profanación, y el deseo de barrer todas aquellas pequenezes y de devolver á la elocuencia sagrada su majestad, su amplitud y

1. En España y en las repúblicas hispanoamericanas, es aún sumamente popular el abate Fleury por su *Compendio de Historia Sagrada*. (N. del T.)

su dignidad. Hizo revivir la gran tradición de san Pablo en que se inspiró, y cuando define la elocuencia de este apóstol, diríase que pinta la suya propia:

Es un gran río, que á pesar de correr ya por la pradera, conserva aún la fuerza violenta é impetuosa que había adquirido en las montañas de donde trae su origen.

Tuvo una fe completa, comunicativa é imperiosa, « la fe del carbonero », según dice Sainte-Beuve. Es cierto, pues jamás consintió que se pusiese en duda un punto del dogma.

Muy joven aún había recibido de sus camaradas de clase un mote que formaba un retruécano con su nombre pronunciado en latín: *Bossuetus aratro*, el buey que abre recta y seguramente el surco. Obstinado, dotado de gran vigor para el trabajo, para la lectura, la asimilación y la invención, fué un trabajador infatigable y vigoroso que removió sin tregua nuestras ambiciones y nuestros errores.

No se rebaja nunca, se cierne en las serenas alturas de la abstracción y de las generalidades excepto cuando invita á la caridad: entonces descendiendo á los detalles más sencillos y á los consejos más prácticos.

En los demás asuntos se le echaba en cara, en su tiempo, el ser más teólogo que moralista, á diferencia de Bourdaloue que era más psicólogo en su predicación.

Reserva la parte principal á la teología y también á la moral. En la época en que él predicaba y antes de 1680, la fe del público se mantenía aún intacta; los libertinos, nombre con que se designaba entonces á los librepensadores, no habían aparecido aún, y no era necesario consolidar el dogma que nadie discutía ni ponía en duda. El único y verdadero peligro era la inmoralidad pública, cuyo ejemplo venía de lo alto y cuyos escándalos llenan las anales de la época. Bossuet vió el mal y se encarnizó contra él, no como Bourdaloue, mediante discursos que son cuadritos de costumbres, sino con el poder magistral de las grandes ideas generales, proponiéndose más bien combatir que enseñar. Más que el heraldo y campeón de las virtudes es el demolidor de los vicios. Por su naturaleza es polemista; habla para discutir, atacar y echar por tierra; lucha por la fe y arremete con la impiedad.

Nada le detiene, ni aun la majestad de su real auditorio, cuyo orgullo, dureza imperiosa, egoísmo y violencia censura sin contemplaciones. Si el rey no asistía á un sermón en el que había un párrafo destinado á él, reservábalo Bossuet para la ocasión siguiente; pero el Rey no se libraba de la censura, y veía humillado su orgullo « aquella embriaguez del poderío, que forma á los Nabucodonosores y Neronés ».

Bossuet es temible; arrastra el ánimo del oyente, se apodera de él y lo enlaza como una víctima vencida. Es un luchador que no conoce ni

los remilgos ni las dulces exhortaciones. Sostiene una batalla campal contra el siglo; es un duelo cuerpo á cuerpo; asesta rudos golpes y no respeta nada cuando se trata del triunfo de la fe.

No es él seguramente quien hubiera puesto almohadones bajo las rodillas de las penitentes. Quiere verlas prosternadas, asustadas, arrastrándose sobre el pavimento de los templos ante los conmovedores cuadros que su poderosa imaginación evoca y que sabe animar su diálectica.

Es uno de los aspectos especiales del genio de Bossuet, su preocupación por obtener efectos conmovedores, realistas y hasta brutales.

No hay imagen que le asuste. Las palabras *basura, podredumbre, cenagal, canalla*, aparecen sin cesar en sus labios, cuando habla de nosotros. Se complace en los horrores del sitio de Jerusalén; nos presenta la imagen de una mujer hambrienta que arranca á su hijo de la cuna y que, impulsada por la rabia, lo mata, lo cuece y se lo come. Su pintura del suplicio de san Gorgonio, quemado vivo en las parrillas, es espantosa.

Quería impresionar, forzar la atención, hacer violencia á los espíritus valiéndose de vigorosos cuadros, como hombre á quien más seducen el terrorismo bíblico que las ternuras del Evangelio.

¡ Qué páginas tan conmovedoras las de su *Sermón de la Pasión*, en 1660, en que cuenta « el horror y el poder de las Tinieblas », en que hay lamentos y gritos de piedad, en que se multiplican los toques para dar al cuadro toda su verdad horrible y en que el orador ó mejor dicho, el poeta se eleva hasta el más hermoso lirismo que ha podido inspirar jamás esta escena lamentable!

Quieren besarle y ofrece sus labios; quieren atarle y presenta las manos; pretenden abofetearle y presenta las mejillas; apalearle, y ofrece sus espaldas; azotarle inhumanamente, y no esquiva sus hombros; acúsale en presencia de Caifás y de Pilatos y no trata de disculparse; Herodes y su corte se burlan de él y le despiden como á un loco; todo lo confiesa mediante su silencio; abandónanle en manos de los criados y soldados, y él mismo se abandona más aún; aquel rostro, en otro tiempo tan majestuoso, que llenaba de admiración al cielo y la tierra, se muestra inmóvil y paciente bajo los escupitajos de la canalla; arráncale los cabellos y la barba y no dice una palabra ni exhala el menor quejido; es una pobre oveja que se deja esquilarse. ¡ Venid, venid, camaradas, dice aquella soldadesca insolente; aquí tenemos en el cuerpo de guardia un loco, que pretende ser rey de los judíos; ponámosle una corona de espinas *Tradebat autem judicanti se injuste*: él no opone resistencia. — Y como la corona no se sujeta bien, hay que hacerla entrar á palos: — Dad fuerte en la cabeza. — Herodes le ha vestido de blanco como á loco; ¡ traed esa vieja casaca roja para cambiarle de color! — Ponédsela en los hombros. — ¡ Alarga la mano, rey de los judíos, y toma esta caña por vía de cetro! — Ahí la tenéis, haced de ella lo que queráis. — ¡ Ah! ¡ ahora ya no se trata de juego! se ha dictado tu sentencia de muerte; ¡ alarga la mano para que la clavemos! — Ahí la tenéis. — En fin, reuníos,

oh judíos y romanos, grandes y pequeños, paisanos y soldados; volved cien veces á la carga; multiplicad sin fin los golpes y las injurias, agregad heridas á heridas, dolores á dolores, indignidades á indignidades; no dejéis de insultarle hasta en la misma cruz; sea el único objeto de vuestro escarnio, como un insensato, y de vuestro furor, como un malvado: *Tradebat autem*; él se abandona á vosotros sin reserva; está dispuesto á soportar á un tiempo cuanto hay de más duro é insoportable en una burla humana y en una crueldad maliciosa.

Es la expresión más completa del abandono y de la resignación; la hermosa oración, que á continuación insertamos, se halla impregnada de un lirismo puro y celestial, de una armonía melodiosa y fuerte:

¡ Oh llagas, yo os adoro! ¡ sagrados cardenales, yo os beso! ¡ oh sangre que corre, ya de la cabeza agujereada, ya de los ojos magullados, ya de todo el cuerpo desgarrado! ¡ oh sangre preciosa, yo quiero recogeros! Tierra, tierra, no te bebas esa sangre. *Terra, ne operias sanguinem meum*: « Tierra, no cubras mi sangre », decía Job: más ¿ qué importa la sangre de Job? ¡ Oh tierra, no te bebas la sangre de Jesús, pues esa sangre nos pertenece y debe caer sobre nuestras almas! Oigo á los judíos que gritan: » ¡ Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! » Así será, pobre raza; tus votos serán oídos con exceso; esa sangre te perseguirá hasta tus últimos retoños, hasta que el Señor, cansado de sus venganzas, se acuerde al fin de los siglos de tus restos miserables. ¡ Oh! ¡ no caiga la sangre de Jesús sobre nosotros de esta suerte, á fin de que no grite venganza contra nuestro endurecimiento; sirva, al contrario, para nuestra salvación; láveme yo con esa sangre; cúbrame por completo para que su hermoso color impida que la justicia divina pueda ver mis crímenes!

Piensa con vigor, y éste es el primer fundamento de la poderosa acción que aun ejerce su palabra á tanta distancia.

Pero este vigor tiene sus encantos y no carece de gracia. Los colosos no dejan de tener delicadezas: él era una especie de coloso en lo físico y en lo moral. Era un robusto borgoñón y decía:

— Nada me incomoda, ni el sol, ni el viento, ni la lluvia; todo me hace provecho.

Era lento, grave y digno. La señorita Cornuau recuerda á este propósito un rasgo. Paseábase con él en un jardín donde había mucha gente, religiosos y sacerdotes. Empezó á caer de pronto un aguacero y todos se echaron á correr, diciendo á Bossuet al paso:

— ¡ Cómo! Monseñor, ¿ no aligeráis?

Él respondió:

— No es propio de la gravedad de un prelado el echar á correr.

Siguió andando lentamente y fué á incorporarse con los demás, diciendo con encantador buen humor:

— Me he mojado algo más que vosotros, pero estoy menos cansado porque no he corrido.

Este rudo dialéctico, impasible, implacable, era débil en presencia de la muerte de los demás. Se desvaneció al ver á Madama moribunda, y la muerte de Turena casi le produjo el mismo efecto.

Se hallaba dotado de una sensibilidad exquisita, que se manifestaba en su gran compasión con los humildes y los pobres. Hacía grandes limosnas y, cuando su bolsa estaba vacía, decía con resignación :

— No puede uno todo lo que quiere.

Al mismo tiempo que compadecía á los desgraciados, se regocijaba también de conocer á su vez la santa pobreza.

Su cariño se manifestaba especialmente con delicadezas y transportes de poeta. Hacía versos detestables, pero hay también poesía en prosa.

Bossuet es doblemente poeta : poeta lírico y poeta dramático.

En sus sermones hay verdaderas escenas propias de los misterios : la muerte del rico avariento, el emplazamiento ante el juez supremo ó la terrible Pasión de 1660. Grébán y Juan Michel no han hecho nada más realista.

Pero sobre todo ¡ qué lirismo ! Por la elevación sublime de la inspiración, por la sensibilidad llena de emoción y vibrante, que le hace sufrir con los sufrimientos que describe, por la turbadora expresión de su adoración, de su piedad y de sus votos, tiene afinidades con todos los mayores genios de la poesía.

Presenta su obra, con respecto á otras muchas, una superioridad y una garantía de duración, pues, por su naturaleza, carece de las ventajas, ó si se quiere, de los inconvenientes de la actualidad.

Escuchad sus sermones : nada ha envejecido en ellos y parece que han sido predicados ayer. El tema es siempre nuevo, pues se trata de consolar, de aliviar, de confortar á la humanidad.

En todo tiempo habrá lamentos que escuchar, miserias que consolar, consejos que prodigar, exhortaciones que hacer, para que los ricos ayuden á los miserables á llevar su carga. No puede envejecer nunca el lenguaje que enseña á los soberbios ó á los grandes que su orgullo es ilusorio y su grandeza mentirosa, porque su única y verdadera medida, « es la medida de su ataúd ».

Doudán, hombre de ingenio y de buen gusto, escribía, hacia 1840, este gracioso paralelo entre Bossuet y Bourdaloue :

1. Por la gran decadencia que reinó en España en lo relativo á elocuencia sagrada en el siglo XVIII, Bossuet fué poco conocido. Las principales traducciones de sus obras son de 1769, 1771 y 1772. La traducción más moderna en España (1880) por Miquel y Badía deja que desear, siendo más correcta la continuación por Quadrado. El autor de la presente traducción ha hecho no hace mucho en París una versión española de *Los Sermones escogidos* y de las *Oraciones Fúnebres*. (N. del T.)

El señor de Viel-Castel me escribe que está leyendo á Bourdaloue con gran edificación. No moriré contento si no doy en tierra con la usurpada reputación de ese jesuita. ¿ Os parece justo medir por el mismo rasero á Bossuet y á Bourdaloue ? El uno es el caballo de Job, que relincha cuando oye el clarín de las batallas, el otro es un sacristán educado en el colegio de Saint-Omer. Creo que no tendréis la pretensión de comparar á un sacristán con un caballo. Las personas á quienes Bourdaloue ha fastidiado, y que son respetuosas, dicen que razona admirablemente, porque toman el fastidio que experimentan por el efecto de un razonamiento sólido que oprime su cerebro. Si el cielo se mostrase siempre justo, Bourdaloue hubiera sido el ayuda de cámara de Bossuet. Hubiera cuidado de los gastos de la casa y hubiera hecho remendar las pobres medias moradas del grande hombre.

La paradoja es divertida, pero algo fuerte. Voltaire no pensaba del mismo modo y llamaba á Bourdaloue « el primer modelo de los buenos predicadores de Europa ».

La existencia de Bourdaloue (1632-1704) fué muy sencilla.

Fueron sus padres un consejero y una virtuosa y distinguida dama, Ana le Large, que le dió una educación cristiana. Entró Bourdaloue en la compañía de Jesús sin que se enteraran de ello sus padres, que le hicieron volver al domicilio paterno ; pero, no pudiendo vencer la firmeza de su hijo, se resignaron á dejarle ir, « adorando los designios de la Providencia y temiendo oponerse por segunda vez á ellos » Ocurría esto en 1648.

Después de su noviciado, encargaronle una cátedra que desempeñó dieciocho años, hasta 1659, y en ella adquirió las cualidades que debían distinguirlo más tarde : elocuencia, orden, método, y talento de exposición.

Llamado á reemplazar á un predicador que había caído enfermo, predicó con tal éxito que sus superiores le destinaron á este ministerio. Enviaronle á Eu, donde la Gran Mademoiselle pudo oírle, admiró su oratoria, y le honró con su amistad. Estando ya para morir le llamó á su lado.

Durante diez años predicó Bourdaloue en provincias, en Amiéns, Rennes y Ruán, acudiendo á oírle todo el mundo, artesanos, abogados, médicos y hasta los enfermos : « Por lo que á mí hace, decía el padre d'Harrouis que le reemplazó, cuando prediqué al año siguiente, conseguí que todo volviese á su marcha regular. Nadie volvió á pensar en abandonar sus ocupaciones. »

Habiendo vuelto á París precedido de brillante reputación, atrajo en torno de la sagrada cátedra á la ciudad y á la corte. Su reputación fué en aumento desde 1666 á 1672. Era verdaderamente una boga inaudita. Bossuet, que le había oído, exclamó : « Es nuestro maestro ».

Las cartas de Madama de Sévigné reflejan la opinión pública. Cuando tenía que ir al sermón, decía habitualmente :

Me voy á Bourdaloue... — Jamás ha habido predicador que predique con tanta elevación y generosidad las verdades cristianas. Á veces es tanta la atención con que está uno pendiente del vigor y precisión de sus palabras que no se piensa ni en respirar hasta que él acaba... — El Padre Bourdaloue predicó un sermón el día de Nuestra Señora, que encantó á todo el mundo; era capaz de hacer temblar á todos los cortesanos, pues trataba de demostrar en él que no hay poder alguno que no deba someterse á la ley... En fin, hija mía, fué el sermón muy perfecto, y ciertos puntos fueron tratados tan admirablemente como lo hubiera hecho el Apóstol san Pablo. »

El testimonio de Madama de Sévigné no es sospechoso, porque está de acuerdo con los demás; el gran Condé exclamaba, al ver aparecer en la cátedra al orador: « ¡ Atención, ahí está el enemigo! » Y Boileau al dar las gracias al presidente de Lamoignon que le había enviado el retrato del ilustre padre, decía:

J'ai connu Bourdaloue, et, dès mes jeunes ans,
Je fis de ses sermons mes plus chères délices¹.

Volviendo á Madama de Sévigné, se muestra infatigable en los elogios.

Tenía grandes deseos de oír á Bourdaloue, pues sabía que debía predicar nuevamente la Pasión que ya oímos el año pasado; fué admirable y aun le recuerdo como un sueño... — Oímos después de comer el sermón del Padre Bourdaloue, que pega siempre como un sordo, diciendo las verdades sin rebozo y hablando á diestro y á siniestro contra el adulterio. Él sigue siempre su camino y sálvese el que pueda.

Estos diversos juicios de Madama de Sévigné, á cual más elogiosos, fueron escritos en épocas diferentes. En efecto, Bourdaloue, después de su primer adviento, predicado en 1669, en la iglesia de los jesuitas, predicó la cuaresma de 1670 en la capilla de las Tullerías, en presencia de Luis XIV, que le volvió á llamar en 1672 y otras muchas veces hasta 1697, contra el uso establecido, que no permitía que el mismo predicador ocupase la cátedra sagrada durante tres temporadas. Pero Luis XIV, después de haberle oído diez veces, deseaba oírle de nuevo: « Me gusta más lo que él repite que las novedades de los otros. » Y Madama de Maintenón escribía: « El Padre Bourdaloue ha hecho un sermón admirable. Ha hablado al Rey de su salud, del amor de su pueblo y de los temores de la corte. Ha hecho derramar muchas lágrimas y él mismo las ha derramado: era su corazón el que hablaba y se dirigía á todos los corazones. »

Los consejos ejercían cierta influencia sobre el Rey. Parece que contribuyeron al retiro de la señorita de La Vallière, y, más tarde, al aleja-

1.

Conozco á Bourdaloue y ya, desde mi infancia,
Hice de sus sermones mi más grato solaz.

miento de Madama de Montespán. Luis XIV dijo un día al predicador: « Padre mío debéis estar satisfecho de mí: ¡ Madama de Montespán está en Clagny! — Sí, Sire, respondió Bourdaloue, pero Dios estaría más satisfecho si Clagny estuviese á setenta leguas de Versalles. » También pueden explicarse, por la influencia del predicador sobre el rey, estas palabras de Madama de Montespán, que estaba á punto de perder el favor: « El Padre Bourdaloue predica bastante bien para inspirarme repugnancia hacia los que predicán, pero no lo bastante para realizar el ideal que yo concibo de un predicador. »

Después de la Revocación del Edicto de Nantes, Luis XIV envió á Bourdaloue á Mompeller á desempeñar la delicada misión de calmar las pasiones religiosas y reducir al catolicismo á los hugonotes no del todo convertidos.

De regreso en París, predicó en San Eustaquio la cuaresma de 1688, y después se consagró á su ministerio sin que nada volviese á turbar su apacible carrera. Predicador, confesor y director de conciencias, « se dejaba llevar del espíritu de Dios y decía todo lo que podía despertar en un alma la penitencia y la confianza ». Cuando comprendió que había llegado la edad de retirarse, escribió á sus superiores una carta en latín pidiéndoles que le permitiesen retirarse á la « casa que ellos se dignasen indicarle, con tal que estuviese lejos de París, á fin de que fuese el lugar de su descanso ».

Hace cincuenta y dos años, dice expresamente, que vivo en la Compañía no para mí sino para los demás. Siento que mi cuerpo se debilita y camina hacia su fin. He concluido mi carrera. Séame permitido emplear únicamente en obsequio de Dios y en provecho de mi alma lo que me resta de vida, y prepararme para morir como religioso;... olvidando las cosas del mundo, recordaré en presencia de Dios todos los años de mi vida en medio de la amargura de mi alma...

Sus superiores no le complacieron. Recibió orden de permanecer en París y cayó enfermo el 11 de mayo de 1704. Comprendió que estaba herido de muerte, y, después de haber recibido los últimos sacramentos, expiró el 13 de mayo á las cinco de la mañana.

Bourdaloue parece no haber sido inferior á Bossuet como predicador. « Nos ha hecho un sermón que ha encantado á todo el pueblo y á toda la diócesis », escribe Bossuet en una carta á Madama Albert de Luynes. « ¡ Cuántos estilos diferentes hemos admirado en los predicadores hasta poder apreciar el del padre Bourdaloue, que ha borrado todos los demás y que ha llegado tal vez á la perfección de que es susceptible nuestra lengua en este género de elocuencia! » La Bruyère evoca el recuerdo de Demóstenes y Cicerón para compararlos con Bossuet y Bourdaloue. « Ambos, añade, maestros en la elocuencia del púlpito, han tenido el destino de los grandes modelos. » Voltaire declaraba: « Cuando apa-

reció Bourdaloue, dejó de considerarse á Bossuet como el primero de los predicadores. »

¿ Cuáles son las cualidades de primer orden que han conquistado á Bourdaloue tantos sufragios? ¿ Acaso el brillo del estilo y la imaginación ó los arranques atrevidos y repentinos ó la emoción apasionada? De ninguna manera, pues esto es el patrimonio del genio de Bossuet.

Bourdaloue es menos espontáneo. Cuando componía un discurso, se recogía, y preparaba su plan y sus divisiones. Después elaboraba la trama, poniendo minuciosa atención en el estilo y en la composición; lo aprendía de memoria palabra por palabra y, una vez en el púlpito, lo declamaba, con los ojos cerrados y las manos juntas pegadas al púlpito, por miedo de cortarse; era muy sobrio en sus gestos. Cuando le preguntaban cuál de sus sermones prefería, respondía: « El que sé mejor. »

Lo que domina en sus discursos es la razón; triunfó por el razonamiento. « Bourdaloue, dice Voltaire, fué uno de los primeros que mostraron en el púlpito un raciocinio siempre elocuente. » Y d'Olivet, el historiador de la Academia, le llama « el gran orador, el primero que ha reducido la elocuencia á su verdadero papel... á ser el órgano de la razón y de la virtud... »

Hablaba para probar y para convencer. Por eso hay que admirar la belleza de sus planes y el orden luminoso y la distribución que reinan en cada parte de sus discursos. Las transiciones se producen sin esfuerzo; y el auditorio se ve arrastrado á fecundos desarrollos por la corriente de la argumentación. Bossuet era brusco; Bourdaloue no sale nunca de su paso; la dialéctica rigurosa se ve sostenida por la sobria gravedad; el poderoso orden de la discusión en que las pruebas se suceden unas á otras, iluminaba con nueva luz las primeras ideas emitidas; la nitidez, vehemencia y calor del pensamiento se hallan realzados por una palabra austera, viva, clara, popular sin bajeza, noble sin afectación, y por un lenguaje firme, atrevido y armonioso que hace brotar la emoción de los profundos senos del espíritu y del corazón.

« En ninguna parte, decía La Harpe, se muestra el cristianismo más grande á los ojos de la razón que en Bourdaloue: podría decirse de él que es sublime por su profundidad como lo es Bossuet por su elevación. »

Este vigor de convicción arrancó un día al mariscal de Grammont un grito que no pudo contener en pleno sermón y en presencia de la corte: « ¡ Pardiez, tiene razón! »

Desprovisto de pompa, Bourdaloue no teme tratar los asuntos sencillos y hasta censura á los oradores que tienen « por máxima no hablar en la cátedra sino de ciertos asuntos elevados, por figurarse que los

demás sólo son propios para el pueblo menudo y para los campesinos¹. » Porque, al paso que Bossuet insistía más en el dogma que en la moral, Bourdaloue vió sobre todo en la verdad cristiana que ilumina el espíritu el medio de purificar el corazón, pues el corazón no puede ser purificado si no lo ilumina el Evangelio: « Hallo, dice, sólidamente establecida la paz del espíritu en la sumisión á la fe, y la paz del corazón perfectamente asegurada en la sujeción á la ley de Dios... »

Si se pretendiera contraponer y comparar á Bossuet y á Bourdaloue habría que buscar los rasgos esenciales que los distinguen en los asuntos semejantes que ambos trataron, como la Trinidad, la Concepción de la Virgen, la Pasión de Jesucristo, la Providencia, y, sobre todo, los sermones morales sobre la ambición, la penitencia y la muerte. Veríase que la enseñanza de Bossuet es más general, que habla en estilo elevado y con el entusiasmo de un profeta de Israel, mientras que la enseñanza de Bourdaloue es más práctica, pues entra en los detalles de la aplicación según las necesidades de sus oyentes, y se pone á su nivel: « Es bueno, decía él mismo, descender á veces á las condiciones particulares de cada hombre para poder aplicar las reglas universales de la ley de Dios. »

Cien veces os han conmovido y enternecido con el relato de la Pasión y yo quiero deducir de ella vuestra enseñanza. Con frecuencia han conmovido vuestras entrañas discursos patéticos y afectuosos, pero tal vez ha sido ésta una compasión estéril que no ha logrado cambiar vuestras costumbres: yo me propongo convencer á vuestra razón.

He aquí á Bourdaloue juzgado por sí mismo.

Por esto, porque es humano, — y sin duda también porque sus sermones, esmeradamente escritos y trabajados, tienen gran perfección de forma, — parece que Bourdaloue no pierde nada con la lectura. « Hay oradores á quienes es preciso oír, pues pierden demasiado cuando se leen », ha escrito el señor Silvestre de Sacy, alma creyente. « Estoy á punto de creer que no se perdería nada leyéndole », añade hablando de Bourdaloue. Esta apreciación es exacta, tratándose de un orador á quien se llamó, después del sermón que predicó en presencia de Luis XIV y de Jacobo II, « el predicador de los reyes y el rey de los predicadores². »

1. La oratoria sagrada, en España, en el siglo XIX, ha sido una mezcla de retórica y de lugares comunes, como es fácil comprobar recordando los predicadores que más se distinguieron desde 1834 hasta fines del siglo y los Sermónarios, donde buscaban muchos su inspiración. El P. Granada y Ávila eran antiguallas, y pocos conocían suficientemente el francés para inspirarse en los grandes predicadores franceses, como Lacordaire que hacía gala de predicar « para los que mandan naranjas ». Hubo no obstante á principios del siglo un verdadero apóstol, Fray Diego de Cádiz, pero no tuvo muchos imitadores. (N. del T.)

2. Bourdaloue ha sido menos conocido en España que Bossuet. Hay una edición antigua hecha en Milán en 1737 en 3 tomos, titulada: *Conceptos y reflexiones sobre diversos sujetos de religión y de moral*. Basta leer el título para tener idea de su incorrección. En 1898, se publicaron en Madrid: *Gran Cuaresma de sermones selectos y Sermones selectos*. (N. del T.)